

ha pintado con sombrío y trágico pincel un porvenir de miseria, de descrédito, de hospital y tal vez de cárcel, y al cabo, si no hemos transigido con la habitual domesticación, nos ha repudiado o nos ha dejado como cosa imposible (9).

Anotemos también una interesante crítica del monopolio en la prensa del momento. En cambio, en cuanto se trata de problemas más complejos (autonomía, sindicalismo...), el análisis se empobrece, sigue los cánones de un socialismo teóricamente insuficiente y no rebasa el nivel de una propaganda corriente.

La apertura a los países de Europa se acentúa gracias a la coyuntura bélica. Ciertos escritores pasan por el frente francés como corresponsales y traen crónicas que adquieren en algunos casos la calidad de verdaderos ensayos: *Visión estelar de un momento de la guerra* (1916), de Valle-Inclán; *Los motivos de la germanofilia* (1917), *Estudios de política francesa: la política militar* (1918), de Azaña, etc. Dentro de este grupo de obras caben las crónicas de Julio Camba sobre países extranjeros: *Alemania* (1916), *Londres* (1916)..., las cuales, sin alcanzar la categoría de verdaderos ensayos, no dejan de aportar visiones a menudo ingeniosas y muy sugestivas. También se multiplican los contactos de los escritores con América Latina, sea porque van allí invitados como profesores o periodistas, sea porque contactan a latinoamericanos de paso por España (Alfonso Reyes, Borges...).

Como consecuencia del desarrollo económico, de las mayores posibilidades sociales, de las tensiones y luchas entre las diferentes clases de la sociedad, del contacto con el mundo europeo debido a la gran guerra, los escritores van perdiendo algo el complejo de inferioridad que caracterizó el período anterior, y gracias a los esfuerzos de una serie de entidades culturales tanto gubernamentales como procedentes de grupos y partidos y editoriales privadas, se eleva considerablemente el nivel cultural de la intelectualidad española.

Cuando se compara —dice Ortega (10)— el repertorio de temas que hoy transitan por la mente pública con el que frecuentaba la España de 1900, la diferencia es gigante. Tal vez no exista país en Europa que en ese período haya ampliado parejamente su paisaje. Podemos decir con orgullo bien fundado: esa ampliación ha sido la obra de nuestra generación. Como ésta no ha muerto aún, antes bien, comienza a regentar la vida nacional, es lo más verosímil que el proceso de ampliación continúe en crecimiento multiplicado y que pronto en la mente de España —microcosmos— se refleje íntegro el Universo —macrocosmos—.

(9) *España en el crisol*, Editorial Minerva, Barcelona, 1919, pp. 238-239.

(10) «La forma como método histórico», en *Espíritu de la letra*, O. C., tomo III, página 521.

Se acentúa la toma de conciencia de la realidad cambiante del país (recesión de la posguerra, *lock-out*, intensificación de las luchas sociales violentas, llegada a un callejón sin salida del régimen parlamentario (11), crisis de la inversión capitalista...). El ensayo adquiere plenitud: consigue integrar elementos de las ciencias humanas y sociales en pleno desarrollo (Freud, Yung, Simmel, Husserl, Russell, etc., se traducen al español a partir del año 1920), sobre todo sociología, caracterología, sexología.

La visión del problema español se ensancha hasta incluirlo dentro de una problemática más general: *España invertebrada* (1921-22), de Ortega, es el ensayo más significativo de este momento. Se trata de una visión dinámica de España, en que la interacción de los grupos sociales hace la Historia; la solución ya no es sólo desarrollo económico (despensa) y educación, ciencia, cultura (escuela), sino integración en la cultura de lo espontáneo y de lo vital (técnica, acción) y proyección al futuro de los deseos y aspiraciones de la minoría rectora a través de un Estado nuevo. El estilo de pensamiento de Ortega es comprender y no condenar, intentar explicar la génesis del fenómeno (por ejemplo, los separatismos tienen una historia; los particularismos se explican por la acción del poder central; la agudización de la lucha de clases desde 1880 es un proceso modificable, con tal de presentar un proyecto dinámico para el futuro...).

La generalización todavía mayor de *El tema de nuestro tiempo* (1922-23) aboca a una exaltación de la vida considerada como fin de la actividad humana. Parece como si Ortega, al afirmar como valor intrínseco el valor vitalista (organizador y positivo), cediese al pesimismo característico de la posguerra, en que la Historia aparece a los intelectuales como la sucesión de situaciones de poder.

Un vigía atento, Eugenio d'Ors, desde las páginas de su *Nuevo glosario*, considera el lugar de España en la cultura mundial de 1926, y entre otras obras literario-científicas nombra *La agonía del cristianismo*, los *Estudios sobre el amor*, de Ortega, y las obras de sexología de Gregorio Marañón. Muy esquemáticamente, la elección de D'Ors sería más completa si una humildad elemental no le hubiese aconsejado excluir del grupo sus propias obras sobre el arte. Aparte de estas cuatro direcciones principales, vemos aparecer también, a partir de la Dictadura, la biografía ensayística, el ensayo sobre pedagogía y un refuerzo del ensayo de crítica literaria.

---

(11) La literatura ensayística dedicada a la crítica del Parlamentarismo recoge títulos valiosos, entre los cuales *Acotaciones de un oyente*, de W. Fernández Flórez; *Impresiones de un hombre de buena fe*, del mismo; o el cuento-ensayo de Azorín *El chirrión de los políticos*.

La característica del ensayo dirigido a temas estéticos, el cual se desarrolla cuantitativa y cualitativamente a partir del año 1920, es la riqueza y la complejidad de su temática: no se trata meramente de dar una información más o menos erudita a propósito de tal o cual cuadro, o pintor, o género literario, sino que el ensayista aprovecha el objeto de su ensayo para desentrañar la maraña de relaciones que forma su urdimbre, descubriendo parte de la red que le une a un conjunto cada vez mayor. El ensayo estético de este período es de nivel filosófico y sociológico: 1920, *Los hermanos Zubiaurre*, de Ortega; 1920, *Los grabados de Goya*, de Sánchez Rivero; 1922, *Poussin y el Greco*; 1923, *Tres horas en el Museo del Prado*; 1924, *Cézanne*, de D'Ors; 1925, *La deshumanización del arte*, de Ortega; 1926, *Cómo se hace una novela*, de Unamuno; 1928, *Las ideas y las formas*, de D'Ors; 1928, *Música y músicos de hoy*, de Adolfo Salazar; 1929, *Completa y verídica historia de Picasso y el cubismo*, de R. Gómez de la Serna; 1931, *Los dioses en el Prado*, de Díez Canedo, etc.

La preocupación pedagógica, nunca ausente, renace, sin embargo, en una serie de ensayos sesudos a finales del decenio 1920-30, tales como los cuatro tomos de Luis Bello: *Viaje por las escuelas de España* (1926-29), o *La nueva España* (1927), de Gabriel García Maroto, que abogan por una pedagogía más libre. En 1930 es *Misión de la Universidad*, de Ortega, en que se considera el deber de ésta de vincularse no sólo con la ciencia, sino con la vida pública, intentando así desplazar el imperio de la prensa, la cual es frenesí, frivolidad y estupidez. Apunta en estos ensayos, la aspiración de una élite ya constituida como élite organizativa, a asegurar su relevo generacional, así como a pasar a categoría de élite gubernativa.

La afición por la biografía ensayística o por el ensayo biográfico, que nace o se refuerza por esos años, tiene un hondo significado: se trata de responder a la pregunta: ¿Cómo se forja un destino? ¿Por qué se va a donde se está yendo? Las biografías más originales del momento son acaso las del triunvirato Espina, Jarnés, Marichalar: *Luis Candelas* (1929), de Antonio Espina; *Castelar, hombre del Sinaí* (1935), *Zumalacárregui, el caudillo romántico* (1933), de Benjamín Jarnés; *Riesgo y ventura del duque de Osuna* (1930), de Antonio Marichalar. Todos los biografiados son caudillos (ya se sabe que los ladrones de alta fama, como Candelas, algo tienen de Monipodios o de Robín de los Bosques, o sea, de conductores de los reprobados y marginados por la sociedad legal). Da la impresión que al sentir difusamente o muy claramente el problema de la obediencia civil, los autores han probado las diferentes modalidades de caudillaje del siglo pasado, procurando encontrar direcciones para el problema que apremiaba. En

su apreciación del libro sobre Castelar, de Jarnés, Unamuno no yerra mucho el tiro (pero es que dispara a quemarropa):

Por lo que hace a la generación intelectual española de hoy —la llamémosla de 1931—, ¿sabe su camino, si es que no su meta?, ¿sabe no adónde va, sino por dónde va? Desde luego, en el casi fatal cambio de 1931, en el advenimiento del régimen republicano, no tuvo apenas parte esta generación. Ni otra cualquiera. Porque ese cambio no lo trajeron los hombres. Y es, desde luego, significativo que ninguno de los jóvenes de esa generación se encontró en primera fila ni jugó papel primordial. Acaso porque ninguno de ellos tenía conciencia —si no clara, por lo menos honda— de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional ni un sentimiento de la unidad de ese destino. Lo que no se logra corregir con expansiones litúrgicas mal traducidas, sea del italiano, sea del ruso... (12).

Buen catador de biografías era el Unamuno de estos años en que acababa de realizar la de *San Manuel Bueno, mártir*, otro caudillo que ejerce su jefatura espiritual en una aldea, caudillo sin ideología, caudillo suicida, cuyo consuelo es consolar, y quien, como Moisés, no conocerá la tierra de promisión. La aspiración a la reconciliación (en la familia, en el pueblo...) prima sobre todas las otras (progreso social, sindicalismo...), pues es así como San Manuel Bueno espera espantar el espectro de un cambio social en el que no ha invertido valores espirituales.

El desarrollo extraordinario del ensayo de crítica literaria es la característica de la actividad creativa de los literatos que alcanzan su madurez por esos años de la Dictadura. Sería necesaria una larguísima lista para intentar dar cuenta de la riqueza de la producción; limitémonos a recordar el ensayo de Guillermo de Torre de 1925 *Literaturas europeas de vanguardia*, los múltiples ensayos de crítica literaria aparecidos en las páginas de la *Revista de Occidente*, en la *Gaceta Literaria* y luego en *Cruz y Raya*.

El cambio del estatuto de la mujer en la sociedad, que J. L. Aranguren considera reservado en 1923 a una élite (13) y propenso a ser «tema de ensayo» por esas fechas constituye en los países implicados en la guerra del 14 un fenómeno notable. Precipita las transformaciones que iba predicando el feminismo desde hacía unos cincuenta años (derecho a la igualdad de instrucción, derecho a tomar la palabra en público, a ocupar puestos de médicos o de profesores de Universidad, derecho a la propiedad, derecho al trabajo y a disponer de su salario,

(12) «La generación de 1931», publicado en *Ahora*, 2-III-1935, y recogido en *De esto y de aquello*, tomo I, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950, p. 413.

(13) «La mujer de 1923 a 1963», en *Rev. de Occ.* núms. 8-9, 1963, p. 231.